

# FORJADORES DE NACIÓN: RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL, SU ESCUELA FILOLÓGICA Y LA GESTACIÓN DE UN NACIONALISMO CULTURAL<sup>1</sup>

## Resumen

*Desde que en 1910 se fundara el Centro de Estudios Históricos en Madrid, un grupo de investigadores en ciencias humanas trabajarían en sus aulas con el fin de elaborar una nueva concepción de la historia y la cultura españolas. Ésta se fundamentaba en la introducción de corrientes de pensamiento europeo, sobre todo alemanas y francesas, capaces de asegurar un aparato crítico y científico válido para construir un nacionalismo cultural sobre nuevas bases. La escuela filológica de Ramón Menéndez Pidal trató de contribuir a la misma por medio de investigaciones originales que mostrasen las raíces de la lengua y literatura españolas, forjadas en torno a tres elementos: Castilla como cuna de la conciencia nacional, el pueblo como encarnación de la misma y la cultura europea occidental como espacio espiritual en el que insertarse.*

*Palabras clave: modernización científica, nacionalismo cultural, regeneracionismo, Centro de Estudios Históricos*

## Abstract

*Since the foundation of the Centro de Estudios Históricos in Madrid (1910), a group of Human Studies researchers began working in a project for establishing a new conception of the Spanish History and Culture. They incorporated European Thought concepts and ideas, especially French and German scientific methodologies which allowed them to utilize critical and scientific tools to shape a new cultural nationalism based on a different historical background. Researching the origins of the Spanish Language and Literature, Menéndez Pidal's philological school tried to achieve the same goals by proving three basic ideas: 1.-Castilla is the birthplace of Spain's national conscience; 2.-Spaniards are the representatives of such national conscience; and 3.-West European culture as a spiritual frame into which Spain's national culture will be added.*

*Keywords: Cultural nationalism, Scientific Modernization, Cultural Nationalism, Regeneration, Centro de Estudios Históricos*

---

<sup>1</sup> Este texto forma parte de las actividades de los proyectos de investigación "La destrucción de la ciencia en España. De la Edad de Plata a la dictadura franquista, 1907-1945", ref.: HUM2007-64847/HIST. MINISTERIO DE EDUCACIÓN Y CIENCIA. PLAN NACIONAL DE I + D + I. Investigador principal: Luis Enrique Otero Carvajal y del IV Plan Regional de Investigación Científica e Innovación Tecnológica (IV PRICIT) de la COMUNIDAD DE MADRID, al Grupo de Investigación Complutense dirigido por Luis Enrique Otero Carvajal, n° ref.: 941149, en las convocatorias 2007 y 2008. Asimismo, ha sido posible como consecuencia de la estancia en la Universidad de Puerto Rico como profesor visitante de la Facultad de Estudios Generales, Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras, durante el segundo semestre del curso 2007-2008.

## 1. INTRODUCCIÓN

En enero de 1907 fue creada en Madrid la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (JAE), una institución a la que el gobierno español encargó la política de pensionados al extranjero y la renovación del aparato educativo e investigador en España. Fruto de ello fue la constitución tres años después, en marzo de 1910, del Centro de Estudios Históricos<sup>2</sup> (CEH) como instituto de investigación en la rama de ciencias humanas. Era éste el primer paso dado por la JAE en una senda que la llevaría aquel mismo año a elevar ante el Ministerio de Instrucción Pública los decretos de creación del Instituto Nacional de Ciencias Físico-Naturales y de la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma, esta última a su vez puesta bajo patrocinio del propio Centro de Estudios Históricos.

La aparición de estos organismos sirvió para inaugurar una nueva etapa en la política científica del país. A través de ellos tendrían cabida casi por primera vez en España las nociones más modernas acerca de lo que debía ser un eficaz sistema de investigación científica. En las aulas del CEH impartieron clase e investigaron un conjunto de profesores y alumnos que protagonizaron el momento más brillante en el desarrollo de las disciplinas humanas en España. De todas ellas, la que tanto por el número de investigadores como por la calidad y la cantidad de su producción científica alcanzó una mayor importancia fue la Filología.

En torno a la sección de *Filología* del Centro de Estudios Históricos y a su *Revista de Filología Española*, desde 1914, agrupó Ramón Menéndez Pidal a una serie de alumnos que modernizaron los estudios lingüísticos y literarios en España, así como emprendieron una magna obra de descubrimiento de la lengua y la literatura castellanas. Las actividades del Centro fueron brillantes e innovadoras habida cuenta del atraso que en materia metodológica y temática registraban aún los trabajos filológicos y lingüísticos en España. Rafael Lapesa, uno de esos discípulos, escribía años después que el estado en que los estudios filológicos e histórico-literarios se hallaban en nuestro país durante el último tercio del siglo XIX era desolador. Las principales corrientes europeas habían tenido apenas eco en España y lo más que se encontraba era algún caso en que se conociera la obra de Raynouard y Diez, por lo que "en España la investigación de la lengua medieval y de nuestros dialectos estaba en manos de alemanes, franceses, suecos y algún norteamericano. [...] Extranjeras también eran casi todas las ediciones fidedignas de nuestros textos literarios medievales".<sup>3</sup>

<sup>2</sup> José María López Sánchez, *Heterodoxos españoles. El Centro de Estudios Históricos, 1910-1936*, Madrid, Marcial Pons-CSIC, 2006.

<sup>3</sup> Rafael Lapesa, "Don Ramón Menéndez Pidal. Ejemplo y doctrina" *Filología. Homenaje a don Ramón Menéndez Pidal*, XIII (1968-1969); p. 2 y Rafael Lapesa, "Menéndez Pidal y la lingüística" *Cuadernos hispanoamericanos. Revista mensual de cultura hispánica*, 238-240 (1969), 7-8.

Muchos fueron los ámbitos temáticos en los que tanto Ramón Menéndez Pidal como sus discípulos trataron de reducir la distancia que separaba a los trabajos de investigación en España con respecto a Europa. Uno de ellos, el más brillante, fue el de la historia de la literatura española, en especial medieval y moderna. Maestro y discípulos invirtieron considerables energías con el fin de rescatar en obras clásicas de la literatura aquellos rasgos inherentes a la formación del espíritu castellano y español. El objetivo era sustentar sobre nuevas bases una historia de España y la cultura española con tono científico que la convirtiese en alternativa a las interpretaciones un tanto atrevidas de la historiografía decimonónica española, la cual apenas había hecho uso de la documentación crítica, o de la historiografía ultramontana, cuya lectura de la historia de España no había pasado de girar en torno al catolicismo como elemento nodular de la misma. A todo ello se añadió aún el prurito regeneracionista que acompañaba las iniciativas de la JAE y del CEH, fruto de la crisis del 98 y las ansias de renovación educativa y científica que el *Desastre* arrastró consigo. Teniendo como antecedentes inmediatos los debates finiseculares acerca de la decadencia española, los investigadores del Centro estaban convencidos de poder definir los rasgos que en su momento hicieron grande a la nación española y que serían esenciales para garantizar el éxito de la empresa regeneradora que se habían propuesto llevar a cabo.

## 2. RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL

La figura de Ramón Menéndez Pidal es excepcional en la historia de las ciencias humanas españolas, pues "como maestro, la labor de don Ramón sólo admite comparación con la de Cajal en biología".<sup>4</sup> Discípulo reconocido de Menéndez Pelayo y, en buena medida, de Milá i Fontanals, superó a ambos en materia científica mediante la aplicación de los modernos métodos de la ciencia europea. Menéndez Pidal se mostró siempre ferviente admirador tanto de Milá como de Menéndez Pelayo, si bien en el ámbito de su concepción y práctica científica se encontró siempre más cerca del primero que del segundo. La obra de Milá, *De la poesía heroico-popular castellana*, puede considerarse su punto de partida.<sup>5</sup> Menéndez Pelayo fue un gran erudito, que manejó gran cantidad de datos, pero su labor no fue inductiva, sino que aplicó su intuición, pero sin ciencia. Por eso, si bien es conciliable una influencia en aspectos histórico-

<sup>4</sup> Rafael Lapesa, "Doctrina y ejemplo de don Ramón" *Papeles de Son Armadans*, III 39 (1959); p. 31.

Carmen Conde señaló que "Cajal y Menéndez Pidal son los dos hitos señeros de nuestra cultura" en Carmen Conde, *Menéndez Pidal*, Madrid, Unión Editorial, 1969; p. 214.

<sup>5</sup> Dámaso Alonso, "Menéndez Pidal y la cultura española", en *Obras Completas*, IV, Madrid, Gredos, 1975; p. 87; Américo Castro, "Cuánto le debemos" *Papeles de Son Armadans*, III 39 (1959); p. 285 y Francisco Abad Nebot, "Menéndez Pidal en la historia de las mentalidades" *Estudios filológicos*, Valladolid, Universidad, 1980; p. 29.

literarios entre Menéndez Pidal y Menéndez Pelayo, no lo es entre métodos y supuestos teóricos.<sup>6</sup>

Su programa tenía puntos de contacto con la Institución Libre de Enseñanza. Ésta representaba un liberalismo abierto y Menéndez Pidal comparte con ella el entender su investigación como estudio de la civilización que aúna la historia de la cultura con la preocupación por la psicología del pueblo.<sup>7</sup> Cercano también a la generación del 98, compartió la febril preocupación por la regeneración del país y la necesidad de su modernización. Si la generación del 98 había emprendido una guerra contra la España apática e informe de fines del siglo XIX, entonces esta labor “la tomó sobre sus hombros de gigante el fundador de la moderna filología hispánica, investigando los orígenes de la cultura española y su aplicación a la cultura moderna”.<sup>8</sup> Sobre este basamento, institucionista y noventayochista, Menéndez Pidal trató de rastrear en la lengua y literatura española los caracteres propios del pueblo que les había dado vida, procurando así dar respuesta a la grave crisis que afectaba al ser y a la existencia del español finisecular.

En el campo más concreto de la praxis científica, Ramón Menéndez Pidal es el punto de inflexión entre las prácticas eruditas del siglo XIX y la incorporación de las propuestas europeas en materia lingüística y filológica. Él marcó una nueva era en los estudios sobre la lengua española.<sup>9</sup> Ni Menéndez Pidal ni su escuela fueron muy propensos a la formulación de un corpus doctrinario que diese naturaleza gnoseológica a su práctica científica. Esto no significó que detrás de sus obras no existiese una forma de concebir el trabajo lingüístico, pues la hubo. Receptores de la lingüística europea, fueron, no obstante, más allá, aplicando a las doctrinas europeas caracteres propios.

El trascendental papel jugado por Menéndez Pidal en toda esta evolución reside en haber sido bisagra que abrió la puerta a todo un elenco de filólogos que se incorporaron a los estudios lingüísticos contemporáneos e introdujeron en el ambiente científico español la moderna praxis europea. Durante el siglo XIX la investigación hispánica se había caracterizado por una ausencia de comparatismo e historicismo y sólo “gracias al trabajo de Menéndez Pidal y de los primeros hombres del *Centro de Estudios Históricos*, el historicismo hispánico salvará, y con gran originalidad, la ausencia de tradición”.<sup>10</sup> Menéndez Pidal enlazó con aquella lingüística europea que veía en el desarrollo de la lengua y literatura una manifestación del espíritu y vida de las comunidades,

<sup>6</sup> José Portoles, *Medio siglo de Filología española (1896-1952). Positivismo e idealismo*. Madrid, Cátedra, 1986.

<sup>7</sup> *Ibid.*; pp. 54-57.

<sup>8</sup> Amancio Bolaño e Isla, “Menéndez Pidal y la generación del 98” *Anuario de Letras*, VII (1968-1969); p. 61.

<sup>9</sup> Antonio Quilis, “El centenario de don Ramón Menéndez Pidal. Don Ramón y la lengua española” *Boletín de Filología Española*, 30-31 (1969), 3-8.

<sup>10</sup> Juan Alcina Franch y José Manuel Blecua, *Gramática española*, Barcelona, Ariel, 1987; p. 165.

es decir, la línea inaugurada por Humboldt y que después siguieron Schuchardt e idealistas como Vossler,<sup>11</sup> pero además "la barrera que aislaba, respecto a los métodos científicos imperantes más allá de los Pirineos, a la tradicional erudición española vino a ser rota, en el tránsito del siglo XIX al siglo XX, gracias al solo esfuerzo de R. Menéndez Pidal. [...], Menéndez Pidal inauguró en España la investigación analítica, basada en la aplicación de unos rigurosos métodos históricos y filológicos".<sup>12</sup>

En verdad, la labor de Ramón Menéndez Pidal en el terreno de la filología y lingüística española tiene que ser equiparada con la de eruditos como Friedrich Diez, Gaston Paris o G.A. Ascoli en el ámbito del francés y el italiano. Menéndez Pidal niveló las carencias que el estudio de la lengua española presentaba aún a finales del ochocientos. A través de sus monografías y de la *Revista de Filología Española* incorporó los estudios sobre el español a los principales campos de investigación explorados ya por los grandes padres de la filología románica. Por ello merece ser incorporado a la terna de los fundadores de la filología románica y reformadores de la lingüística romance.<sup>13</sup>

Su período de madurez y mayor producción coincidió con sus años de trabajo en el CEH, en especial entre 1910 y 1929, lo cual es prueba de la importancia que esta institución tuvo en su trayectoria como lingüista e historiador de la literatura española. Uno de sus más importantes discípulos, Tomás Navarro Tomás lo confirmaba al señalar que "la gigantesca labor de Menéndez Pidal abarca un periodo mucho más extenso que el de los veintiséis años de la existencia del Centro. [...] Se puede decir, sin embargo, que en la etapa del Centro fue donde su esfuerzo alcanzó la mayor expansión y trascendencia, tanto por los libros que en esos años publicó como por la *Revista* que dirigió, por las obras y empresas que inspiró e impulsó a su alrededor y por el grupo de discípulos que se formaron a su lado".<sup>14</sup>

### 3. UNA OBRA DE CULTURA PATRIA: LA HISTORIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA

Las grandes obras de la literatura española, más bien castellana, medieval y moderna constituían los veneros en los que el filólogo habría de desentrañar la esencia y los elementos definitorios de la idiosincrasia española. La trascendencia de los siglos medievales en la formación de Castilla, la brillantez de la literatura del Siglo de Oro y la creencia en la configuración de España como unidad nacional a lo largo de aquellos siglos determinaron la ingente labor de

<sup>11</sup> Rafael Lapesa, *Buscad sus pares, pocos*, Madrid, Gredos, 1978; pp. 15-16.

<sup>12</sup> Diego Catalán, *Lingüística Ibero-románica. Crítica retrospectiva*, Madrid, Gredos, 1974; p. 22.

<sup>13</sup> Francisco Abad Nebot, *Diccionario de Lingüística de la escuela española*, Madrid, Gredos, 1986; p. 34.

<sup>14</sup> Tomás Navarro Tomás, "Don Ramón Menéndez Pidal en el Centro de Estudios Históricos" *Anuario de Letras. Universidad Nacional Autónoma de México*, VII (1968-1969); p. 23.

publicación de las obras más representativas. La significativa extensión que, por tanto, la historia literaria y la publicación crítica de textos clásicos alcanzaron en la escuela filológica madrileña tiene su origen en la aspiración compartida con regeneracionistas e institucionistas de *descubrir* España. Las reminiscencias románticas en torno al *Volksgeist* se dejaron sentir en los trabajos de la escuela pidaliana,<sup>15</sup> pero sin purismos, pues pronto se vieron completadas por interpretaciones más modernas que incorporaron, entre otras, las ideas estéticas de Croce o Vossler. La presencia de Menéndez Pidal en los trabajos de historia literaria fue evidente desde el comienzo. Su principal y primigenio campo de investigación fue el romancero y la poesía épica, pues como él mismo declaró “todos mis trabajos han ido surgiendo en torno al primero que emprendí. En 1893 acabé la redacción primitiva de mi estudio del *Poema del Cid*. Tenía entonces veinticuatro años. Con ocasión de estos estudios tuve que emprender el de las crónicas medievales. Estudiándolas descubrí la prosificación del *Cantar de los Infantes de Lara*, y en 1894 empecé a trabajar el libro sobre este tema, que publiqué en 1896, a los veintisiete años. Y así fueron surgiendo mis trabajos posteriores”.<sup>16</sup>

Menéndez Pidal había tomado nota de los padres fundadores de la lingüística románica. Friedrich Diez había publicado en 1818 sus *Altspanischen Romanzen*, Gaston Paris se había ocupado de la *Chanson de geste* y Ascoli realizó estudios sobre el texto de *Barlaam e Giosafat*. A Menéndez Pidal lo empujaba el afán de rescatar en la literatura, entendida como parte esencial de la expresión artística de un pueblo, las peculiaridades nacionales del mismo. Tanto el romancero, peculiarismo de la literatura española, como la poesía épica castellana, a la que Menéndez Pidal se encargó de dar carta de naturaleza, se prestaban a tamaña empresa. Interesado “en devolver a España una conciencia más exacta de su pasado y, con ella, una razón de ser como colectividad, recurrió a los métodos reconstructivos de la filología europea, entonces en la cumbre, para tratar de penetrar en el período de “orígenes” de la literatura nacional y recobrar el legado histórico de aquellos siglos oscuros”.<sup>17</sup>

Desde finales del ochocientos y a lo largo del primer tercio del siglo XX se fue confeccionando en el pensamiento de Menéndez Pidal el concepto de *tradicionalidad*. En él se adivina la herencia institucionista, sobre todo a través de Rafael Altamira y Francisco Giner de los Ríos, o de ideas cercanas a la intrahistoria, la psicología del pueblo español o la historia interna, es decir, el interés por los productos tradicionales.<sup>18</sup> La *tradicionalidad* es asimismo

<sup>15</sup> Francisco Abad Nebot, “Positivismo e idealismo en la escuela española de Filología”, en AA.VV. *Homenaje al profesor Lapesa*, Murcia: Universidad de Murcia, 1990; pp. 18-19.

<sup>16</sup> Carmen Conde, *Menéndez Pidal*, Madrid, Unión Editorial, 1969; p. 229.

<sup>17</sup> Diego Catalán, “Advertencia inicial”, en Ramón Menéndez Pidal, *La épica medieval española. Desde sus orígenes hasta su disolución en el Romancero*, XIII, Madrid, Espasa-Calpe, 1992; p. 10.

<sup>18</sup> Francisco Abad Nebot, “Menéndez Pidal en la historia de las mentalidades”, en Francisco Abad Nebot, *Estudios filológicos*, Valladolid, Universidad, 1980; pp. 17-51.

producto del CEH en la renovación de los métodos y la praxis de la literatura e historiografía española. Menéndez Pidal buscaba vindicar la pertenencia de España al grupo de países cuya literatura medieval había sido expresión de una poesía épica nacional y narrativa. Desde el Romanticismo, hispanistas como Ferdinand Wolf o el arabista R. Dozy habían sostenido que en España no existía una poesía épica fuera de los romances. El mismo Gaston Paris y otros lingüistas franceses, como Paul Meyer, fueron receptores de la teoría romántica que atribuía sólo a seis pueblos arios (el indo, el griego, el persa, el celta, el germano y el galo-germano) la existencia de una epopeya nacional y autóctona.<sup>19</sup> Obviamente, si se quería dar a la nacionalidad española una carta de naturaleza tan válida y antigua como la de Francia o Alemania, resultaba imprescindible rebatir las teorías que negaban la existencia de una epopeya nacional autóctona.

Uno de los principales argumentos empleados para rechazar la existencia de una epopeya hispánica fue que los grandes poemas épicos derivaban de composiciones breves y populares que pasaban del pueblo a los juglares, quienes las ampliaban para componer la poesía épica más extensa. En la literatura española no existía ningún vestigio documental de la presencia de esas poesías breves anteriores a unos poemas épicos, cuya poca abundancia hizo además pensar en la certeza de que se trataban de imitaciones de la *Chanson de geste* francesa. Andrés Bello, trabajando el *Poema del Cid*, había señalado ya que muchos de los romances que aparecen recogidos en el *Cancionero de Amberes* (impreso entre 1545 y 1550) procedían de antiguas gestas. Pero fue Manuel Milá i Fontanals quien rebatió estos argumentos. Milá cambió el orden de procedencia y así no fueron los romances quienes antecieron a los poemas épicos, sino al contrario. En España, por tanto, había existido una epopeya autóctona nacida de círculos aristocráticos y compuesta por autores identificables, no de creación popular. Este fue el argumento que Menéndez Pidal no pudo compartir con sus maestros.

El concepto de tradicionalidad o lo que Menéndez Pidal entiende por tal es en sí una corriente de interpretación de la historia literaria ya preexistente, pero que él termina de definir. Fueron los románticos, Herder y Jacob Grimm, quienes establecieron una distinción clara entre la poesía popular (*Naturpoesie*) y la poesía artística (*Kunstpoesie*). Mientras la primera es anónima y procede de la colectividad, del alma del pueblo, la segunda es individual, de autor conocido. Friedrich Diez, en sus *Altspanische Romanzen*, concibió los romances como poesía primitiva, pero fue Heymann Steinthal quien vino a completar las teorías románticas referentes al pueblo autor, señalando que no había poesías populares sino una poetización popular, una épica popular, una producción

---

<sup>19</sup> Ramón Menéndez Pidal, "La épica medieval española. Desde sus orígenes hasta su disolución en el Romancero", en Ramón Menéndez Pidal, *Obras Completas*, XIII, Madrid, Espasa-Calpe, 1992; pp. 51-58.

continuada y modificada por el florecimiento o la extinción del espíritu del pueblo. Frente al enorme valor que los románticos habían otorgado a la *Naturpoesie*, pues en ella podía encontrarse el espíritu del pueblo (*Volksgeist*), se produce lo que Menéndez Pidal denominó reacción antirromántica, en especial entre los filólogos franceses (Doncieux, Foulché-Delbosc) que valoran y estiman como verdaderamente importante las producciones de autor, es decir, lo individualista. Se desprecia la idea del pueblo autor y sólo se admite la posibilidad de que todo poema tiene una fecha y un autor. Esta misma idea es la que Milá, Menéndez Pelayo o Pio Rajna habían aceptado, pero no es la que Menéndez Pidal iba a considerar válida.

Para Ramón Menéndez Pidal la distinción esencial es la que existe entre *poesía popular* y *poesía tradicional*. De los románticos aceptó la idea del pueblo como autor válido en la creación artística, si bien va más allá al explicar cómo se produce ese acto de creación y es aquí donde diseña su teoría de la *tradicionalidad*.<sup>20</sup> La divulgación de un poema se puede llevar a cabo, según Menéndez Pidal, de dos formas diferentes. Una de ellas es la meramente *popular*, a saber, la propagación de una composición poética de autor contemporáneo que es recibida por el público como moda reciente y se difunde con poca densidad, siendo, por tanto, la repetición del mismo bastante fiel, aunque su boga perdura poco tiempo. La segunda es la *tradicional*, donde el canto o poema es considerado patrimonio común y su mérito es la antigüedad. Su difusión es extensa, arraigando en las clases rurales, siendo asimilado por el pueblo, que se siente dueño de él por herencia, lo repite como suyo con autoridad de coautor. Al repetirlo lo ajusta y amolda, introduciendo modificaciones. Éstas han sido introducidas por individuos, pero éstos se mantienen en el anonimato, pues consideran que es un canto de todos, no una producción individual. Tanto el romance como la poesía épica son anónimos no porque se haya olvidado el nombre del autor, sino porque es obra de muchos autores que profesan el anonimato. Para apoyar aún más su teoría recurre a Croce y la estética, rescatando de ellos el valor asignado al individuo como productor de arte, ya que "esta afirmación de la permanencia de un cantar en reelaboración a través de generaciones es el núcleo de la doctrina pidaliana del *tradicionalismo*".<sup>21</sup>

Un papel igualmente esencial jugó la idea de demostrar la existencia de una epopeya española autóctona. En este terreno encontró en Joseph Bédier a su antagonista contemporáneo, quien recogió la herencia francesa que había negado la existencia de una poesía épica española. Menéndez Pidal dedicó sus esfuerzos a demostrar lo contrario, es decir, que Castilla contó con una epopeya

<sup>20</sup> Ramón Menéndez Pidal. "Romancero hispánico. Hispano portugués, americano y sefardí", en Ramón Menéndez Pidal, *Obras Completas*, IX, Madrid, Espasa-Calpe, 1968; pp. 11-57 y Ramón Menéndez Pidal. "La épica medieval española. Desde sus orígenes hasta su disolución en el Romancero", en Ramón Menéndez Pidal, *Obras Completas*, XIII, Madrid, Espasa-Calpe, 1992; pp. 132-157.

<sup>21</sup> José Antonio Maravall. *Menéndez Pidal y la renovación de la Historiografía en Menéndez Pidal y la historia del pensamiento*, Madrid, Ediciones Arion, 1960; p. 114.

autéctona y, además, histórica, relato de hechos históricos y demostrables. No era una mera disputa científica, se ponía en tela de juicio la existencia de una conciencia nacional y la integridad de un pueblo capaz de codearse con las grandes nacionalidades históricas, pues “todos los pueblos pueden ofrecer una poesía popular y nacional que cante las conmociones del sentimiento patrio o las hazañas guerreras. Pero muy pocos poseyeron este género de poesía en forma ampliamente desenvuelta, en forma de poema extenso narrativo, por el estilo de la *Iliada*, la *Chanson de Roland*, los *Nibelungen*, o el *Poema del Cid*”.<sup>22</sup> Entre esos pueblos se encontraba España, que aun poseyendo en Castilla el núcleo creador de esa epopeya, pues castellanos eran todos sus héroes, vio cómo posteriormente esta poesía heroica se difundió al resto de la península.

La transformación de la canción de gesta castellana en romancero, en los siglos XIV y XV, era para Menéndez Pidal una expresión del espíritu democrático de Castilla. Los poemas dejaron de estar dirigidos a la aristocracia, popularizándose a través de cantos más breves, los romances, dirigidos a la gente llana. Es ese el momento crucial donde se fragua el alma nacional, confundiendo a nobles y plebeyos en empresas e ideales, lo que luego reflejará la literatura del Siglo de Oro a través de Lope (*Peribáñez*, *Fuente Ovejuna*, *El alcalde de Zalamea*). El pueblo era “el eslabón perdido que permitía establecer la perfecta continuidad evolutiva de la tradición: de la poesía historiada a la historia poética, del cantar de gesta a la crónica, y así sucesivamente hasta las formas más desarrolladas del teatro clásico”.<sup>23</sup> Por medio del romancero se operó la expansión del alma nacional, pues gracias a él la envejecida epopeya se hizo poesía de todos, nacional y popular, llegando a vivir en la memoria del pueblo:

Si se quiere definir con una sola palabra el carácter que más distingue la vida entera de los hispanos, esa palabra no podrá ser otra que “tradicionalismo”. De ahí el valor representativo que en la literatura asume el romancero, la poesía en que más ha puesto el pueblo español su alma.<sup>24</sup>

Basándose en estudios sobre la métrica y la temática de los romances, Menéndez Pidal completó su concepto de tradicionalidad con el de *estado latente*. No aceptaba una división meridiana entre el llamado romancero viejo (siglos XIV y XV) y el denominado romancero moderno (siglos XIX y XX), sino que Pidal apostó por una permanencia entre ambas formas de poesía. Para él existía una solución de continuidad, un estado latente, en el que este fenómeno colectivo pervivió. Incluso llegó a remontar este fenómeno a períodos

<sup>22</sup> Ramón Menéndez Pidal, “Estudios sobre el Romancero”, en Ramón Menéndez Pidal, *Obras Completas*, XI, Madrid, Espasa-Calpe, 1973; p. 12.

<sup>23</sup> Javier Varela, *La novela de España. Los intelectuales y el problema español*, Madrid, Taurus, 1999; p. 243.

<sup>24</sup> Ramón Menéndez Pidal, “Romancero hispánico. Hispano portugués, americano y sefardí”, en *Obras Completas*, IX, Madrid, Espasa-Calpe, 1968; p. XVIII.

históricos anteriores, a una época primitiva, en la que ya podríamos precisar algunos de sus caracteres.

Los estudios de historia literaria fueron una constante en la labor científica de Menéndez Pidal. En 1896 apareció su primera gran obra, *La leyenda de los Infantes de Lara*, libro que compila los ingredientes que con posterioridad contribuyeron a la tradicionalidad.<sup>25</sup> A finales de siglo amplió sus investigaciones sobre las *Crónicas Generales de España* y el *Poema del Cid*. En esta temprana obra de Menéndez Pidal "interesaba [...] aclarar las ideas sobre la herencia histórica de la nación, penetrar en el sentido profundo del pasado, destruyendo mitos brillantemente superficiales, creados por el patriotismo mal entendido de la Restauración, y volviendo a las fuentes primitivas; e interesaba muy especialmente entender lo que significaba Castilla, fuerza propulsora de ese pasado".<sup>26</sup> Antes de la fundación del Centro, Menéndez Pidal llevaba adelantados sus trabajos sobre el *Poema del Cid*. En ella abordaba el más importante vestigio de la epopeya castellana medieval, ampliando los horizontes abiertos con *La leyenda de los Infantes de Lara*. Se trata de un estudio en tres volúmenes, donde hizo gala de una erudición extraordinaria.<sup>27</sup>

Pero el foro que Menéndez Pidal eligió para dar a conocer su concepto tradicionalista fue la *Revista de Filología Española*. Entre 1914 y 1923 publicó una serie de artículos sobre poesía épica y romancero, donde definió el tradicionalismo y la distinción que existía entre poesía popular y poesía tradicional. En 1914 puso en prensa una poesía inédita leonesa, titulada *Elena y María*, a la vez que publicaba un artículo con el indicativo título de *Poesía popular y Romancero*,<sup>28</sup> que consistió en un estudio sobre diferentes versiones contrastadas de la jura que el Cid tomó al rey Alfonso. *Poesía popular y Romancero* fue el título genérico de una serie de artículos cuya primera entrega fue continuada en el siguiente número con otros tres trabajos en que se reproducían una serie de romances.<sup>29</sup> Fue en 1916 cuando Menéndez Pidal dio, por vez primera, forma definitiva al concepto de tradicionalidad y a todos los presupuestos

<sup>25</sup> Ramón Menéndez Pidal, "La leyenda de los Infantes de Lara", en *Obras completas*, I, Madrid, Centro de Estudios Históricos, 1934.

<sup>26</sup> Ángel del Río, *Estudios sobre literatura contemporánea española*, Madrid, Gredos, 1966; p. 51.

<sup>27</sup> Ramón Menéndez Pidal, "Cantar del Mio Cid, (I)", en *Obras Completas*, III, Madrid, Espasa-Calpe, 1976; Ramón Menéndez Pidal, "Cantar del Mio Cid, (II)", en *Obras Completas*, IV, Madrid, Espasa-Calpe, 1969; y Ramón Menéndez Pidal, "Cantar del Mio Cid, (III)", en *Obras Completas*, V, Madrid, Espasa-Calpe, 1969.

<sup>28</sup> Ramón Menéndez Pidal, "Elena y María (disputa del clérigo y el caballero). Poesía leonesa inédita del siglo XIII", *Revista de Filología Española*, I 1 (1914), pp. 52-96; y Ramón Menéndez Pidal, "Poesía popular y Romancero", *Revista de Filología Española*, I 4 (1915), pp. 357-377.

<sup>29</sup> Ramón Menéndez Pidal, "Poesía popular y Romancero: II. "Morir vos queredes, padre", *Revista de Filología Española*, II 1 (1915), pp. 1-20; Ramón Menéndez Pidal, "Poesía popular y Romancero: III "ya se salen de Jaén" / IV "un día de San Antón", *Revista de Filología Española*, II 2 (1915), pp. 105-136; y Ramón Menéndez Pidal, "Poesía popular y Romancero: V "Río verde, río verde", *Revista de Filología Española*, II 4 (1915), pp. 329-338.

que constituían la teoría tradicionalista, emprendiendo también la defensa de una epopeya castellana autóctona y el origen de los romances a partir de las canciones de gesta.<sup>30</sup>

Apenas un año después, un descubrimiento afortunado en el Archivo Provincial de Pamplona de una versión hispana del poema de Roncesvalles proporcionó a Menéndez Pidal la ocasión de confirmar la validez de la tradicionalidad en la poesía épica y el romancero español. El nuevo cantar de gesta, fechado en el siglo XIII, venía a ser una especie de eslabón en el ciclo de poemas carolingios entre el original francés de la *Chanson de Roland* y los posteriores romances españoles. De esta forma quedaba demostrada la continuidad en la elaboración y refundición de sucesivas variantes de este ciclo y desaparecía el vacío entre los cantares de gesta y los posteriores romances. Roncesvalles implicaba originalidad del romancero español y confirmación de la tradicionalidad de la poesía épica en España, pues "esencial en este arte popular, y sobre todo en el tradicional, es su elaboración secular, su refundición y su variante continuada".<sup>31</sup>

En 1920 y de la mano de *Sobre geografía folklórica. Ensayo de un método*, estudio comparativo de las variantes tanto orales como escritas de dos romances, *Gerineldo* y *La boda estorbada*, terminó de limar las formas de su teoría tradicionalista e intentó poner en juego un nuevo método de investigación, aprovechando que "si el examen de la geografía lingüística da excelentes resultados para penetrar en la evolución del lenguaje, los dará también el de la geografía de la canción tradicional, según intento poner aquí de manifiesto".<sup>32</sup> A través de excursiones financiadas por el Centro, Menéndez Pidal y sus alumnos habían recogido versiones de romances cantados. Cuando trató de agrupar las versiones llegó a la conclusión de que no podría fundar ningún estudio geográfico sobre el conjunto de versiones de un poema, sino que habría de agruparlas por las variantes particulares y comunes que presentaban las versiones.

La localización geográfica de las variantes y su transmisión de unas zonas a otras era para Menéndez Pidal un elemento decisivo, así como una confirmación de la continuidad histórica de los romances. Con este estudio trató de incorporar este nuevo punto de vista, pues "no basta que exista analogía entre dos versiones para juzgar que tal semejanza sea hija de filiación; pudiera ser una semejanza casual, si no viene la conveniente ordenación geográfica a probar la relación genética".<sup>33</sup> Trasmutando a la canción tradicional el concepto de

<sup>30</sup> Ramón Menéndez Pidal, "Poesía popular y Romancero", *Revista de Filología Española*, III 3 (1916), pp. 233-289.

<sup>31</sup> Ramón Menéndez Pidal, "Roncesvalles". Un nuevo cantar de gesta español del siglo XIII", *Revista de Filología Española*, IV 2 (1917); p. 199.

<sup>32</sup> Ramón Menéndez Pidal, "Sobre geografía folklórica. Ensayo de un método", *Revista de Filología Española*, VII 3 y 4 (1920); p. 229.

<sup>33</sup> Ramón Menéndez Pidal, "Sobre geografía folklórica. Ensayo de un método", *Revista de Filología Española*, VII 3 y 4 (1920); p. 317.

analogía, trató de explicarlo al modo neogramático,<sup>34</sup> pero por medio de estudios geográficos. Menéndez Pidal terminó constatando el carácter colectivo de la transmisión de los romances a través de variantes informadas por un mismo espíritu o idea. Menéndez Pidal se unía así a una corriente que empezaba a adquirir gran boga en Alemania, la consideración folclórica de los estudios dialectales. El material adquirido en los estudios dialectales tenía que ser útil a la investigación de los rasgos que componían “el alma del pueblo” (*Volksseele*). Menéndez Pidal llegaba a la definitiva formulación de la tradicionalidad:

La refundición de la poesía tradicional no es un accidente externo, como lo es la refundición de la poesía de transmisión literaria. Es la asimilación de una poesía por el pueblo, la cual ataca profundamente a la esencia misma del estilo y de la constitución del texto de esa poesía, pues el pueblo, al reproducir la obra individual la re-produce, al repetirla la reforma, y esta activa reelaboración es lo que da carácter colectivo a la poesía antes individual.<sup>35</sup>

Para la redacción de estos artículos había explorado diversos fondos, de entre los cuales otorgó especial relevancia a las crónicas, pues ellas mostraban las versiones prosificadas de cantares de gesta. En definitiva, eran la prueba más palpable de la veracidad histórica de los relatos épicos castellanos.<sup>36</sup> Ya en su libro *Poesía juglaresca y juglares* señaló que si en la poesía lírica el autor, conocido, canta en poemas breves sobre sí mismo o sobre la vida que lo rodea, en los poemas más extensos el autor queda diluido y el protagonismo lo asume el relato histórico. Se convertían de esta forma en una historia popular, que reelaboraba aquellos poemas en crónicas sin la menor referencia al poeta.<sup>37</sup>

#### 4. LOS TRABAJOS DE HISTORIA LITERARIA ENTRE LOS DISCÍPULOS DE MENÉNDEZ PIDAL

La trascendencia que las investigaciones sobre historia literaria alcanzaron en el CEH se reflejó en la gran cantidad de trabajos que los discípulos de Menéndez Pidal dejaron impresos. La obra literaria, como parte de las formas

<sup>34</sup> Escuela filológica alemana de los años setenta del siglo XIX, que tuvo su centro en Leipzig. Su pensamiento lingüístico amplió la herencia de la lingüística histórica y comparada, estando marcada por un fuerte positivismo que le llevó a buscar las leyes fonéticas que determinaban la evolución lingüística y a intentar reconstruir la historia del lenguaje a través de ellas. Aquellos fenómenos lingüísticos que no se ajustaban a las leyes fonéticas trataron de explicarlos a modo de mutaciones por analogía.

<sup>35</sup> Ramón Menéndez Pidal, “Sobre geografía folclórica. Ensayo de un método”, *Revista de Filología Española*, VII 3 y 4 (1920): p. 338.

<sup>36</sup> Ramón Menéndez Pidal, “Sobre la traducción portuguesa de la “Crónica General de España de 1344”, *Revista de Filología Española*, VIII 4 (1921), pp. 391-399; y Ramón Menéndez Pidal, “Relatos poéticos en las crónicas medievales”, *Revista de Filología Española*, X 4 (1923), pp. 329-372.

<sup>37</sup> Ramón Menéndez Pidal, *Poesía juglaresca y juglares. Aspectos de la historia literaria y cultural de España*, Madrid, Centro de Estudios Históricos, 1924; pp. 309-313.

artísticas españolas, contribuiría a rastrear los principios y las directrices más elementales que habían coadyuvado a la formación de la nacionalidad española. Una auténtica labor de investigación y recuperación de obras literarias estaría en condición de rescatar las fuerzas vivas esenciales para la regeneración del pueblo y la nación española. Se entendió que los trabajos de erudición del siglo XVIII, los del padre Sarmiento, habían sido de gran brillantez, pero habían quedado anquilosados. En cuanto al XIX, iniciativas como la de Manuel Rivadeneyra y su Biblioteca de Autores Españoles, a pesar de ser un esfuerzo loable, carecían aún de los métodos modernos de edición crítica. Importando las técnicas de crítica europea, francesas y alemanas, se aspiró a recuperar para la historia y la literatura española multitud de obras literarias. La escuela filológica de Madrid no fue ajena al nacimiento de corrientes como la geografía lingüística, la estética vossleriana o la escuela *Wörter und Sachen*, cuyas metodologías aplicó a la historia literaria. Los trabajos del CEH representaron asimismo una ampliación del interés temático de la lingüística española, centrada hasta entonces en la gramática.

La escuela filológica madrileña trató también de incorporar, a través de investigaciones originales, la literatura española de todos los tiempos, pero en especial la medieval y moderna, a la evolución histórica de las letras europeas. Además de remarcar las peculiaridades propias y distintivas de la producción literaria española, buscaron engarzar ésta en el proceso general de cultura europeo. No se trataba de negar, muy al contrario, lo que de singular había en la cultura española, sino que se trataba de afirmar lo que ésta había aportado al desarrollo común de la civilización europea. Frente a la idea de excepcionalidad que durante el siglo XIX algunos estudiosos, como Menéndez Pelayo, habían visto en la literatura española, los investigadores del Centro trataron de rescatar los puntos de contacto, inherentes a la literatura hispana, con el panorama artístico europeo en cada época. Rafael Lapesa, haciendo memoria, recordaba un curso de Américo Castro sobre la poesía de Garcilaso y señalaba que

...aunque don Américo hacía sentir intensamente la belleza de los poemas, su atención se centraba, más que en la estilística, en la tradición literaria incorporada o los valores estrictamente poéticos, en la consideración de la obra de Garcilaso como representativa del espíritu renacentista. [...] En este interés [...] pesaba, [...] la preocupación lacerante por el pasado y el porvenir de España.<sup>38</sup>

Los investigadores del Centro se esforzaron, por ejemplo, en recuperar las fuentes clásicas de la literatura española, las reminiscencias latinas o griegas de muchos escritores del Siglo de Oro, pues era bien entendido que para incorporar la literatura española a la obra común de civilización europea, no había mejor base para asentar sus raíces que la Antigüedad Clásica, venero común

<sup>38</sup> Rafael Lapesa, "Semblanza de Américo Castro", en AA.VV., *Homenaje a Américo Castro*, Madrid: Universidad Complutense, 1987: pp. 127-128.

de las letras europeas. En este amplio contexto es como hay que interpretar un artículo del hispanista francés Alfred Morel-Fatio que trataba un asunto tan significativo como el de los alemanes y sus influencias en la España del siglo XV al XVIII.<sup>39</sup>

En el caso de la poesía, los trabajos de investigación se centraron fundamentalmente en la Edad Media (romances o lírica épica) y en las composiciones del Siglo de Oro. La *Revista de Filología Española* fue el espacio privilegiado donde aparecieron la mayor parte de los estudios poéticos de los colaboradores del Centro. El introductor de estos estudios, Menéndez Pidal, se vio escoltado por otras contribuciones, que si bien nunca alcanzaron su calidad teórica, contribuyeron a asentar el género épico y el romancero como uno de los predilectos entre los trabajos literarios. Erasmo Buceta fue el investigador que más aportó en este terreno y quien en 1922 publicó dos artículos, uno de ellos sobre las opiniones que el *Poema del Cid* había suscitado a dos investigadores (Southey y Coleridge) y otro sobre la historicidad de un romance,<sup>40</sup> artículo que estaba en consonancia con la importancia que este tema tenía en los estudios de Menéndez Pidal acerca de la veracidad histórica de las poesías épicas. En 1928 Buceta publicó también un artículo sobre una poesía del *Cancionero de Baena* y, en 1931, completó sus contribuciones con otro estudio sobre romances.<sup>41</sup> Eduardo Martínez Torner, estrecho colaborador de Pidal, publicó también un trabajo sobre notación musical del género romance.<sup>42</sup>

La labor científica del Centro en materia literaria quedó, por tanto, muy impregnada por el esfuerzo de las formas artísticas españolas emparentándolas con sus contemporáneas europeas. La "pelea" encontró una motivación adicional en el hecho de que determinados foros científicos habían achacado a la literatura española medieval falta de originalidad en sus composiciones épicas, ser imitación de la canción de gesta francesa. Aparte del enorme significado que Menéndez Pidal tuvo en la defensa de la épica española, Pedro Bohigas Balaguer publicó en 1924 un artículo sobre un "Lanzarote" español en un manuscrito de la Biblioteca Nacional,<sup>43</sup> que parecía demostrar la presencia de la épica europea en Castilla. De la misma forma puede entenderse el trabajo

---

<sup>39</sup> Alfred Morel-Fatio, "Les Allemands en Espagne du XVe au XVIIIe siècle" *Revista de Filología Española*, XI 3 (1922), pp. 277-297.

<sup>40</sup> Erasmo Buceta, "Opiniones de Southey y de Coleridge acerca del "Poema del Cid" *Revista de Filología Española*, IX 1 (1922), pp. 52-57; Erasmo Buceta, "Notas acerca del romance "Cercada está Santa Fe...", *Revista de Filología Española*, IX 4 (1922), pp. 367-383.

<sup>41</sup> Erasmo Buceta, "Ensayo de interpretación de la poesía de Villсандino, número 199 del "Cancionero de Baena" *Revista de Filología Española*, XV 4 (1928), pp. 354-374; Erasmo Buceta, "Anotaciones sobre la identificación del fajardo en el romance "jugando estaba el rey moro..." *Revista de Filología Española*, XVIII 1 (1931), pp. 24-33.

<sup>42</sup> Eduardo Martínez Torner, "Indicaciones prácticas sobre la notación musical de los romances" *Revista de Filología Española*, X 4 (1923), pp. 389-394.

<sup>43</sup> Pedro Bohigas Balaguer, "El "Lanzarote" español del manuscrito 9611 de la Biblioteca Nacional" *Revista de Filología Española*, XI 3 (1924), pp. 282-297.

de Paludan sobre romances daneses y españoles.<sup>44</sup> En una línea de investigación parecida, aunque ya no sobre poesía épica, puede interpretarse el artículo encargado a Carrol Marden sobre el *Libro de Apolonio*. Es éste un poemario español, escrito en el siglo XIII, en el que se refieren las aventuras del príncipe sirio Apolonio de Tiro. La recuperación de esta obra vino patrocinada por el ánimo de mostrar que los poetas castellanos se interesaron por temáticas foráneas.

Trabajos igualmente importantes en el campo de la poesía fueron los de Pedro Henríquez Ureña, iniciados en 1919 con un artículo sobre el endecasílabo castellano y que culminaron al año siguiente con la publicación de un libro sobre versificación irregular en la poesía castellana.<sup>45</sup> Estos estudios, que llevó a cabo entre 1916 y 1920 bajo la dirección de Menéndez Pidal, se insertan dentro del prurito de este último por establecer una cronología en la evolución de la poesía castellana a través de su métrica, aspecto muy importante para la elaboración de su teoría tradicionalista y la comparación de la épica castellana con la francesa. La poesía contó también con trabajos dedicados a poetas españoles clásicos, en especial del Siglo de Oro, como los de Federico de Onís sobre Fray Luis de León, Francisco J. Montesinos sobre la poesía de Lope de Vega, el de Arce Blanco sobre Garcilaso de la Vega o el de Benito Sánchez Alonso sobre las raíces de la poesía de Quevedo en los satíricos latinos.<sup>46</sup> Sin embargo, el poeta que recibió una mayor atención fue, sin duda, Góngora, cuyo aniversario en 1927 fue también celebrado en la *Revista de Filología Española* con estudios a cargo de Miguel Artigas, Eduardo Martínez Torner y Dámaso Alonso.<sup>47</sup>

En el caso del teatro, los grandes protagonistas fueron el Renacimiento y el Siglo de Oro, con especial incidencia en las figuras de Lope y Calderón. El primero fue objeto de atención por parte de importantes nombres de la sección de Filología, como Américo Castro, José F. Montesinos, que comenzaría en 1921 y 1922 unos estudios que culminaron en la colección de *Teatro Antiguo Español* con la publicación de piezas inéditas, o el propio Menéndez Pidal.<sup>48</sup> Junto a ellos hubo también trabajos de investigadores extranjeros como

<sup>44</sup> H.A. Paludan, "Le fille épouse le meurtrier de son père remarques sur quelques "romances" danois et espagnols" *Revista de Filología Española*, XIII 3 (1926), pp. 262-278.

<sup>45</sup> Pedro Henríquez Ureña, "El endecasílabo castellano" *Revista de Filología Española*, VI 2 (1919), pp. 132-157 y Pedro Henríquez Ureña, *La versificación irregular en la poesía castellana*, Madrid, Centro de Estudios Históricos, 1933.

<sup>46</sup> Benito Sánchez Alonso, "Los satíricos latinos y la sátira de Quevedo" *Revista de Filología Española*, XI 1 (1924), pp. 33-62.

<sup>47</sup> Dámaso Alonso, "Temas gongorinos" *Revista de Filología Española*, XIV 4 (1927), pp. 329-404 y Dámaso Alonso, *La lengua poética de Góngora*, Madrid, Centro de Estudios Históricos, 1935.

<sup>48</sup> Américo Castro, "Alusiones a Micaela Luján en las obras de Lope de Vega" *Revista de Filología Española*, V 3 (1918), pp. 256-292; José F. Montesinos, "Contribución al estudio del teatro de Lope de Vega" *Revista de Filología Española*, VIII 2 (1921), pp. 131-149; José F. Montesinos, "Contribución al estudio del teatro de Lope de Vega" *Revista de Filología Española*, IX 1 (1922), pp. 30-39 y Ramón Menéndez Pidal, "Lope de Vega. El arte nuevo y la nueva biografía" *Revista de Filología Española*, XXII 4 (1935), pp. 337-398.

Spellanzone y Poehl, destinados a poner de manifiesto las conexiones europeas de algunos temas en el teatro de Lope.<sup>49</sup>

Junto a Lope y Calderón, Fernando de Rojas y *La Celestina*, fueron también objeto de culto por parte del Centro de Estudios Históricos. En 1926, F. Castro Guisasola publicó una monografía en la que analizaba las fuentes literarias de la inmortal obra de Rojas, con el objetivo de situarla como pieza plenamente renacentista, tanto en el tratamiento de temas como en las fuentes de las que bebe,

...no pareciendo, en efecto, sino que el autor, rindiendo culto a su época, se propuso al escribir su comedia ir corroborando frase a frase las de sus interlocutores con sentencias o razonamientos de filósofos o escritores insignes de los más autorizados en su tiempo.<sup>50</sup>

Sin embargo, uno de los artículos más trascendentales e importantes fue el publicado en 1916 por Américo Castro, en dos partes, acerca del concepto del honor en los siglos XVI y XVII. Américo Castro se convertía en adalid de la idea que pretendía insertar la literatura española, con carta de plena naturaleza, en el contexto renacentista europeo. La importancia de estos dos artículos crece si tenemos en cuenta lo vespertino de su aparición.<sup>51</sup> Castro emplea las técnicas y el rigor introducidos en la lingüística española por Menéndez Pidal, inspirados a su vez por modelos alemanes. La característica predominante de esta primera época es la tendencia a comprender la cultura y el pasado español sobre la base de criterios europeos genéricos. Este europeísmo pretendía demostrar que la literatura peninsular había absorbido con plena consciencia rasgos de la cultura transpirenaica y, por tanto, lo nacional se integraba en el marco más amplio de la cultura occidental.<sup>52</sup> Junto a ello jugó también un papel importante el hecho de que la formación de Castro acontece en un momento en que el predominio de la filosofía positivista ha entrado en crisis. Américo Castro pretende descubrirnos lo individual frente al positivismo, cuyo afán es hallar leyes universales. Pero la preocupación de este nuevo historicismo por el hecho individual no conduce a un atomismo en el que desaparezca la comprensión general, sino que lo inscribe en una historia del pensamiento, de forma que el *Zeitgeist* (espíritu de la época) se impone al *Volksgeist*.<sup>53</sup>

<sup>49</sup> Giannina Spellanzon, "Uno scenario italiano ed una commedia di Lope de Vega" *Revista de Filología Española*, XII 3 (1925), pp. 271-283 y Gertrud v. Poehl, "La fuente de "El gran duque de Moscovia" de Lope de Vega" *Revista de Filología Española*, XIX 1 (1932), pp. 47-63.

<sup>50</sup> F. Castro Guisasola, *Observaciones sobre las fuentes literarias de "La Celestina"*, Madrid, Centro de Estudios Históricos, 1924; p. 188.

<sup>51</sup> Américo Castro, "Algunas observaciones acerca del concepto del honor en los siglos XVI y XVII", *Revista de Filología Española*, III 1 (1916), pp. 1-50.

<sup>52</sup> Guillermo Araya, *El pensamiento de Américo Castro. Estructura intercastiza de la historia de España*, Madrid, Alianza Editorial, 1983.

<sup>53</sup> José Portoles, *Medio siglo de Filología española (1896-1952). Positivismos e idealismos*, Madrid Cátedra, 1986; pp. 95-99.

Sus dos trabajos sobre el honor eran una especie de anticipo de un estudio más general que habría de publicarse en forma de libro, pero que no llegó a ver la luz. Al constituir el honor, según Castro, uno de los tres grandes temas de la dramática española, reconocidos por la bibliografía extranjera, demostrar que en su formulación había elementos de origen renacentista europeo vendría a negar las tesis que rehusaban reconocer a la literatura española la presencia de elementos típicamente europeos.<sup>54</sup> Lo peculiar del caso español es que el teatro convirtiese al honor en móvil principal de la acción y el desarrollo dramático. Sin embargo, para Castro, esto se explica partiendo de las condiciones sociales imperantes en aquel contexto histórico y aquí enlaza con la teoría tradicionalista de Menéndez Pidal, pues

...los individuos venían a engranarse en un todo social, ninguno de cuyos supuestos admitía cambio, y no lograban la plena realización de su personalidad sino enlazando todos sus actos con los principios conservados por tradición.<sup>55</sup>

Estas conclusiones “le colocan dentro del tradicionalismo pidaliano, viendo en el moderno concepto del honor un resultado de esa silenciosa corriente tradicional, continua y evolutiva al mismo tiempo, un ejemplo más de esa transmisión de temas y variantes, de la gran extensión de esa época latente de la literatura primitiva”.<sup>56</sup> Este artículo tuvo su continuación en otro, aparecido en el mismo número de la revista y dedicado a la novelística y la narrativa española. En este segundo artículo estableció definitivamente la vinculación renacentista de la literatura española con la europea.<sup>57</sup>

Insertos aún en el terreno de la narrativa y la novelística, los estudios del Centro procuraron profundizar en la idea de que la literatura española se insertaba con pleno derecho en las coordenadas europeas dominantes en cada movimiento artístico. Al igual que con la poesía o el teatro, los investigadores del CEH citaron obras de la Antigüedad Clásica, tratando de emparentar los temas y contenidos de la narrativa española con los de autores latinos. En este sentido cabe entender un artículo aparecido en 1935 y escrito por Honorio Cortés acerca de las reminiscencias de Apuleyo en la literatura española.<sup>58</sup> El gran protagonista de esta reivindicación europeísta fue, no obstante, Miguel de Cervantes y su *Quijote*. De entre los diferentes estudios que se llevaron a cabo por investigadores del Centro, sin duda, el más importante fue *El pensamiento*

<sup>54</sup> Américo Castro, “Algunas observaciones acerca del concepto del honor en los siglos XVI y XVII”, *Revista de Filología Española*, III 1 (1916), p. 48.

<sup>55</sup> *Ibid.*, p. 50.

<sup>56</sup> Aniano Peña, *Américo Castro y su visión de España y de Cervantes*, Madrid, Gredos, 1975; p. 62.

<sup>57</sup> Américo Castro, “Algunas observaciones acerca del concepto del honor en los siglos XVI y XVII” *Revista de Filología Española*, III 4 (1916), pp. 357-386.

<sup>58</sup> Honorio Cortés, “Algunas reminiscencias de Apuleyo en la literatura española” *Revista de Filología Española*, XXII 1 (1935), pp. 44-53.

de Cervantes de Américo Castro. El libro se publicó en 1925, pero ya antes desde las páginas de la revista habían aparecido estudios parciales de otros colaboradores que trataban cuestiones cervantinas. Casi todos se situaban en la directriz de ver en Cervantes a un claro escritor de su época y encuadrado dentro de los parámetros dominantes en la literatura del momento. Menéndez Pidal, aunque en foros externos al del Centro, había dado a la imprenta un manuscrito titulado *Un aspecto en la elaboración del Quijote* (1920).

Como en casos anteriores, la reacción es en contra de hispanistas franceses como Foulché-Delbosc, defensores de la tesis del ingenio lego cervantino o el desconocimiento por parte de Cervantes de los rasgos más esenciales de la literatura europea del momento. Si el más brillante de los escritores españoles se había aislado de las corrientes europeas, por extensión, el resto de la literatura del Siglo de Oro tendría que haber seguido sus pasos. Contra estas conclusiones se situó el CEH y Américo Castro fue el encargado de rebatir tales planteamientos. Castro arranca, pero para oponerse a ella, de la tradición española de un Menéndez Pelayo, Rodríguez Marín, Valera o Ángel Ganivet, que habían visto en el *Quijote* y en Cervantes una pura manifestación estética, pero nada más, es decir, ninguna actitud ante la vida o el periodo histórico que le había tocado vivir. Esta interpretación fue recogida y reforzada por hispanistas franceses como Morel-Fatio y Foulche-Delbosc o británicos como Fitzmaurice-Kelly.<sup>59</sup>

Castro se opuso a los estudios puramente eruditos de Cervantes o de su obra, como, por ejemplo, el "Quijote" de Rodríguez Marín. Fue esta una obra de erudición en la que Castro no veía más que eso, un trabajo crítico abigarrado, pero falto de teoría e interpretación. El objetivo de Castro era aplicar teoría e interpretación. Psicología e historia habrían de ser los guías que Castro reclama para estudiar a un Cervantes que respondía de pleno al complejo espíritu de su época. *El pensamiento de Cervantes* se convirtió en todo un alegato y en una exposición de las ideas vitales del genial escritor complutense. Este libro representa un estudio sintético y global de la ideología cervantina bajo la clara influencia de la *Kulturgeschichte*. Cervantes quedó registrado como prototipo del artista consciente de la España del Siglo de Oro.<sup>60</sup>

Entre los años 1918 y 1925, "Castro se dirigió más bien a la tarea de reclamar el valor de Cervantes como autor y de España como país moderno que a la de desenmarañar el sentido de la obra cervantina y de la historia española".<sup>61</sup> *El pensamiento de Cervantes* es, en verdad, la culminación de una línea

<sup>59</sup> Américo Castro, *El pensamiento de Cervantes*, Madrid, Centro de Estudios Históricos, 1925; p. 14.

<sup>60</sup> Aniano Peña, *Américo Castro y su visión de España y de Cervantes*, Madrid, Gredos, 1975; pp. 140 y ss.

<sup>61</sup> Albert A. Sicoff, "Américo Castro: De El pensamiento de Cervantes a Cervantes y los casticismos españoles", en AA.VV., *Homenaje a Américo Castro*, Madrid, Universidad Complutense, 1987; pp. 191-192.

de pensamiento que Castro había iniciado con su contribución sobre el concepto del honor, cuyo círculo cierra con un último artículo en 1931 sobre Erasmo y su influencia en la literatura española. La segunda parte de su estudio sobre el concepto del honor supuso la plena formulación de una teoría que conectaba la literatura española del XVI y XVII con su homóloga europea y renacentista.<sup>62</sup> Castro defendió la presencia y la formulación del concepto del honor español en los grandes pensadores del Renacimiento. Cervantes, por ejemplo, aparece ya en este artículo como hombre renacentista e influido por la difusión que encontraron en España las obras de algunos grandes intelectuales como Erasmo y su *Enquirdion del caballero cristiano* o Petrarca. Castro, asumiendo además gran parte del pensamiento pidaliano, engarzaba todo ello con la existencia de una tradición clásica muy arraigada en el pensamiento español y que se remontaba a su máximo representante, Séneca. De esta forma, es como llega a la conclusión que

la ideología del honor, desarrollada en forma diversa en nuestra época clásica, trasciende de la historia de España, [...], nos encontramos con corrientes de pensamiento que pertenecen a la literatura universal. [...] Petrarca y Erasmo, puestos en castellano, habían difundido en el ambiente español sus doctrinas penetradas en estoicismo senequista y de espíritu crítico.<sup>63</sup>

Seis años después de la aparición de *El pensamiento de Cervantes*, el cuerpo doctrinal de Castro se cerraba con un nuevo trabajo sobre Erasmo y Cervantes. Apoyándose y rebatiendo ideas de otro hispanista francés, Marcel Bataillon, Castro publicó un artículo que viene a ser continuación de su libro. Se trata de un estudio sobre la influencia que Erasmo y sus obras pudieron haber tenido en Cervantes. Castro, por supuesto, insistía en sus anteriores afirmaciones de que Cervantes conoció y fue influido por los escritos de Erasmo, lo que constituía prueba palpable de la preocupación del escritor español por el ambiente cultural europeo de su época.<sup>64</sup>

Como punto final a este repaso de la primera obra de Américo Castro hay que tener en cuenta también un libro que publicó en 1929, *Santa Teresa y otros ensayos*, fuera del Centro, pero en el que, según Lapesa, "preocupaba entonces a Castro señalar la participación de España en los grandes movimientos culturales europeos. Frente a Klemperer, que negaba la existencia de un Renacimiento español, Castro se esforzaba en mostrar como propias del espíritu humanístico formas de pensamiento y de arte esenciales en nuestra literatura".<sup>65</sup> Formaba

<sup>62</sup> Américo Castro, "Algunas observaciones acerca del concepto del honor en los siglos XVI y XVII" *Revista de Filología Española*, III 4 (1916), pp. 357-386.

<sup>63</sup> *Ibid.*, pp. 384-385.

<sup>64</sup> Américo Castro, "Erasmo en tiempo de Cervantes" *Revista de Filología Española*, XVIII 4 (1931), p. 383.

<sup>65</sup> Rafael Lapesa, *Poetas y prosistas de ayer y de hoy. Veinte estudios de historia y crítica literarias*, Madrid, Gredos, 1977; p. 61.

parte entonces de esa obra un ensayo titulado *El problema histórico de "La Celestina"*, que pretendía asimismo instaurar en este marco europeo la inmortal obra de Fernando de Rojas.

En 1932 aparecía *Ensayos sobre el sentido de la cultura española*, una serie de conferencias y trabajos ensayísticos que Federico de Onís había realizado desde 1912. Se trata de una monografía publicada por la Residencia de Estudiantes y que viene a constituir uno de los ejemplos más logrados de interpretación de la historia y el pensamiento español que un discípulo de Pidal realizó antes de la Guerra Civil. La base histórica desde la cual parte Onís es el problema del Renacimiento en España, nudo gordiano en el que trabajó muy a fondo la sección de Filología. Onís estaba convencido que la evolución de la España moderna dependió del hecho determinante cómo se resolvió ese período histórico.

Este libro resulta asimismo atrayente porque permite contemplar una evolución en el pensamiento de Federico de Onís que no se entendería sin tener en cuenta su adscripción a la escuela de Menéndez Pidal. En 1912 leyó el discurso de apertura en la Universidad de Oviedo, titulado *El problema de la Universidad española*, incluido en el libro.<sup>66</sup> Onís situaba los problemas de la decadencia española, recuperando así un tema clásico de la historiografía del XIX, en la lucha entre los defensores de introducir en la Universidad española las corrientes renovadoras y modernas del Renacimiento europeo y la reacción conservadora de los sectores defensores de lo tradicional y los valores propios. Era esta una interpretación no sólo de marcada naturaleza cultural, muy al estilo de Burckhardt, sino que también había obviamente un fuerte componente reivindicativo. Acusados repetidamente de *extranjerizantes*, los miembros del Centro se identificaron en varias ocasiones con aquellas elites intelectuales que, en otras circunstancias históricas, hubieron de hacer frente a situaciones parejas y que también fueron acusados de desvirtuar el espíritu propio en beneficio de corrientes extranjeras. La victoria de los grupos conservadores, según Onís, conllevó el alejamiento de España con respecto a las bases que crearon la moderna cultura occidental, marcando el secular retraso español.

Catorce años más tarde, en 1926, impregnado ya del magisterio de Menéndez Pidal y del programa del CEH, Onís modificó en parte su interpretación. Onís trataba aún de responder al problema del retraso español y seguía creyendo que la clave estaba en el Renacimiento, pero ya no era una visión pesimista como la de 1912, sino que creía que el enfrentamiento entre ambas tendencias, renovadores y tradicionalistas, había dado frutos muy provechosos a España y a Europa. Onís abandonaba los esfuerzos que desde el ámbito universitario habían fracasado y se centraba ahora en la historia de la literatura española. Onís estaba convencido de que en España se habían producido manifestaciones

---

<sup>66</sup> Federico de Onís, *Ensayos sobre el sentido de la cultura española*. Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 1932; pp. 21-109.

renacentistas tan altas o más que en Europa, pero que junto a ellas había existido ese otro espíritu opuesto a la introducción de corrientes de pensamiento moderno. Esas manifestaciones habían alcanzado su más alta significación en la literatura española del momento, en especial *La Celestina*. Onís afirmaba que en España tuvo lugar la presencia más acabada del Renacimiento europeo, pues éste consistió, por encima de todo, en una armonización entre las tendencias medievales y modernas. En España, según Onís, ese equilibrio fue muy amplio debido a la fuerte presencia de tendencias medievales y conservadoras. El problema radicó en el momento en que esa conciliación quebró, pues las consecuencias para la unidad moral del mundo cristiano conllevó que España

...no pudo continuar en la actitud conciliadora que había tenido durante el primer tercio del siglo XVI. Desde 1536 hasta 1560 fue creciendo hasta llegar a triunfar por completo la actitud nueva de reacción contra la reforma protestante y en general contra el espíritu moderno del que aquella había sido consecuencia. Esta actitud, [...], significa el fin del Renacimiento propiamente dicho, porque entonces adquirió su forma y carácter definitivo la España moderna.<sup>67</sup>

Imbuido por el programa de Menéndez Pidal en el Centro, el pensamiento de Onís otorgó la primera y más original interpretación de la historia de España desde el punto de vista cultural. Federico de Onís publicó en 1926 una reseña en la *Revista de Filología Española* sobre un estudio acerca de Fray Luis de León, de Bell. En ella, Onís señalaba que Fray Luis de León aparece como una figura encuadrada plenamente en el marco de su época y de su pueblo y "un libro como éste, escrito con amplio conocimiento de aquella época y con un criterio no sólo imparcial, sino francamente apologético, no puede menos de producir el efecto deseado por su autor: una comprensión y un más justo aprecio del verdadero sentido de España y de su actitud espiritual entre fuerzas combatientes de la edad moderna".<sup>68</sup>

## 5. CONCLUSIONES. AL SERVICIO DE UN PROYECTO: UN NUEVO NACIONALISMO CULTURAL

Marcados por la noción de desastre y decadencia después de los acontecimientos finiseculares, la Institución Libre de Enseñanza y muchos de los intelectuales cercanos a la misma insistieron en la necesidad de recuperar moralmente al país. Esa regeneración espiritual había de proceder de dentro, de la intrahistoria del país y para ello era necesario ponerse manos a la obra con el fin de recuperar los documentos que dieran acceso al conocimiento de cómo se había forjado la nación española, qué elementos la habían hecho grande durante sus siglos de esplendor y cuál era la forma en que podrían

<sup>67</sup> *Ibíd.*, p. 222.

<sup>68</sup> Federico de Onís, "A Bell, A.F.G.- Luis de León. A study of the Spanish Renaissance" *Revista de Filología Española*, XIII 4 (1926), pp. 383-384.

emplearse de nuevo para facilitar la regeneración espiritual del país. El Centro de Estudios Históricos se puso al servicio de este proyecto y en sus aulas se reunieron filólogos e historiadores con el fin de llevarlo a cabo. El instrumento había de ser unas ciencias humanas, aureoladas por el prestigio que les otorgaba la tradición secular de estudios y trabajos llevados a cabo en Europa. Ramón Menéndez Pidal y su escuela filológica buscaron dotar a la lengua y la literatura española de elementos de originalidad propios en la evolución general de la cultura europea y hacerlo conforme a criterios científicos que venían siendo aceptados en el mundo académico europeo desde hacía mucho tiempo. Sólo así se podía construir un *nacionalismo científico* capaz de hacer frente al desafío de los nacionalismos periféricos.

La filología española encontró en Ramón Menéndez Pidal al científico capaz de sacar adelante un proyecto de tales dimensiones. Su capacidad de trabajo y la multitud de temas que abarcó fueron las sólidas bases sobre las que arraigaron los frutos de su actividad investigadora y, lo que fue más importante, la fundación de una escuela de filólogos que ensancharon y completaron las sendas abiertas por su maestro. El espaldarazo oficial quedó garantizado por la Junta para Ampliación de Estudios y la fundación del Centro de Estudios Históricos, que dirigió el propio Menéndez Pidal. Frente al erudito decimonónico, brillante en su labor, pero aislado, la escuela filológica de Menéndez Pidal se convirtió en la garantía de que el esfuerzo de un maestro no quedaría ahogado por el tiempo o superado por las circunstancias.

La historia literaria se prestaba como la que más al proyecto general de construcción de una nueva historia de España. Menéndez Pidal fue el primero en desbrozar los caminos que habían de conducirla a su destino. Hasta un total de tres elementos fueron la clave que guió con mano firme las investigaciones literarias del Centro. Por un lado, Castilla era el nódulo esencial de la nacionalidad española, pues fue este reino el que con más férrea voluntad había contribuido a la forja de España. A ella le corresponde el honor de disfrutar de una poesía épica autóctona, dotada de los mismos rasgos que la francesa o la alemana: poemas cargados de diáfanos rasgos nacionales y héroes autóctonos que encarnan mejor que nadie esos valores. Su postrera tradición literaria, en especial la brillantez del Siglo de Oro, era heredera de lo que se había venido forjando a lo largo de la Edad Media.

Por otro lado, aquella había sido una aventura colectiva, es decir, había sido el *pueblo* el protagonista y el forjador de los rasgos arquetípicos de lo español. Aquí es donde los esfuerzos de Menéndez Pidal por validar sus tesis acerca de la *tradicionalidad* y el *estado latente* adquieren todo su significado. Al modo como los románticos habían definido la simbiosis entre pueblo y nación, Menéndez Pidal trató de encontrar la misma en el *autor pueblo*, anónimo y forjador de su literatura nacional. Si la entidad *pueblo* era la última responsable de haber creado una identidad nacional, ésta adquiriría también un carácter indeleble y una mayor legitimidad que si hubiesen sido *elites* las encargadas

de llevarlo a cabo. Además, el *pueblo* le otorgaba un carácter imperecedero que servía al proyecto de regeneración espiritual que el Centro de Estudios Históricos aspiraba a poner en marcha.

Finalmente, frente a la idea de singularidad exclusivista de la cultura española en el conjunto del desarrollo histórico de Europa, los investigadores del Centro se esforzaron por mostrar que la literatura española, destacando por sus peculiaridades, se encuadraba empero dentro de un contexto cultural europeo y había contribuido como la que más a su desarrollo. A esta ruptura sin paliativos con la aprehensión de la historia de España practicada por la historiografía ultramontana corresponden, entre otras, la original interpretación del Renacimiento español de Federico de Onís o la defensa de Cervantes como escritor renacentista por parte de Américo Castro. Todos estos elementos, el castellano centrismo, la importancia dada al factor *pueblo* y la defensa de la cultura española en un marco europeo daban al proyecto del Centro de Estudios Históricos originalidad dentro de una tradición historiográfica española que ahora buscaba encontrar nuevos y sólidos puntos de apoyo contra el desafío de los nacionalismos periféricos y los abusos de determinadas interpretaciones de la historia de España a lo largo del siglo XIX. La escuela filológica madrileña fue la primera en utilizarlos y en postular la necesidad de que se aplicaran a otros ámbitos de investigación de la cultura e historia española. En este terreno correspondió a Ramón Menéndez Pidal el honor de haber sido el punto de partida.

*José María López Sánchez*  
*Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC)*  
*Madrid, España*